

Saverio había cedido, en efecto. Mientras que le ponía en la mano los cartuchos prometidos, Agostino había vertido en una de las dos botellas que llevaba Luis, en la *bávvara* con chocolate, algunas gotas del frasco tallado en facetas que hacía un momento le había enseñado.

—¿Es esta la *bávvara* que él ha pedido?—había preguntado Ciampi.

Saverio, con la garganta apretada y sin voz, contestó solamente con un movimiento de cabeza.

—No te equivoques.

El mozo metióse en el bolsillo los cartuchos de oro y partió bruscamente, azarado y sin responder, pero diciéndose que, en último resultado, la posibilidad de huir de París y sus consejos de guerra, de volver á Chiari, y poseer dos mil francos, bien valía un minuto de obediencia.

—Y esta vez—se dijo Agostino viendo alejarse al mozo—el hermoso Solignac no se curará.

De repente sintió una mano que le tocaba en el hombro, y, al volverse, dió un salto viendo á Andreina, que le decía con la misma firmeza con que le hubiese clavado un cuchillo en el corazón.

—¡Todo lo he visto, porque te espiaba!

—¡Andreina!—exclamó Ciampi.

La joven contestó con un gesto que significaba: «No tenemos tiempo para discutir», y se encaminó hácia los salones detrás de Saverio, dirigiendo á su hermano estas irónicas palabras:

—Hay alguien que vela por Enrique de Soli-

gnac, ¿lo olvidabas? Es Andreina. ¿Me has entendido, marqués de Olona?

¿Qué iría á hacer? Evidentemente á comprometerlo todo.

El marqués tuvo un momento de rabia, pateó y se retorció las manos con ira.

¡Andreina iba á impedir que Solignac bebiese el veneno!

¡Solignac, á quien ya contaba perdido, se había salvado de nuevo!

—¡Miserable loca de amor!—murmuró Ciampi.

Tuvo intención de seguirla é impedirle que llegase hasta Solignac, sacándola de aquellos salones y de aquellos jardines mientras que el veneno producía su efecto, no fulminante, pero lento y seguro. Indudablemente habría podido obligar á Andreina á alejarse, pero cualquier alboroto en Frascati era un peligro: acudirían y preguntarían la causa de semejante escándalo. Valía más dejar que Andreina se precipitase sobre Solignac, esperando que no llegaría á tiempo para impedir que bebiese el veneno.

Después de haber seguido á su hermana, Agostino, á quien Solignac vió entonces por segunda vez, desapareció entre la multitud, volviendo al jardín, cruzando los salones llenos de luz, con una frialdad afectada y preguntándose si su rival sucumbiría al fin.

Entonces, supersticioso, como buen Napolitano, contó los parroquianos de Frascati que estaban sentados delante de las mesas:

—Si el número es impar—se dijo—es que Solignac morirá.

Cuando llegó al umbral del nuevo salon, Agostino hizo castañetear el dedo indice contra el pulgar.

—Número par—dijo con ira.—¿Se lo habrá dicho todo Andreina?

Andreina al dirigirse hácia el coronel, iba decidida en efecto á decirle, aunque fuese en voz alta, que era preciso que tirase la *bávara* que le habian servido.

Poco le importaba que la condesa de Farges estuviese allí.

¿Quién se preocupa de una herida de amor propio ó de una inconveniencia, cuando la vida del hombre amado está en peligro?

La italiana entró, pues, en el salon y lo cruzó hasta la mitad, pero se detuvo repentinamente, y aterrada como clavada en el suelo, al ver que Solignac alargaba la mano para coger la copa.

La mirada de Andreina se cruzó con la del coronel, y de lejos, con expresion desgarradora, le dirigió aquella suplica muda que Solignac habia comprendido.

Cuando el coronel soltó la copa, Andreina respiró como si la hubieran librado de un gran peso.

En efecto, acababa de ocurrírsele que, de haber tenido que hablar, la hubieran obligado á decir cómo sabia que aquella *bávara* contenia veneno y á declarar lo que habia visto y oido. ¿Cómo denunciar ella misma á su hermano?

—¡Bah! ¡que importa!—se dijo al principio Andreina.—No hablaré, no responderé; pero, ante todo, es menester salvarle.

Y cuando Solignac bajó la mano, añadió:

—¿Me habrá comprendido?

Entonces esperó, palpitándole el corazon y experimentando en el cerebro la sensacion atroz de una mano de hierro que oprimiese su cráneo y sus sienas.

¡Aquella condesa de Fargés, aquella mujer á quien Solignac amaba, aquella rival, la que se habia reclinado sobre el herido en las horas de sufrimiento, estaba allí!

—¡Allí! ¡allí!—se repetia la italiana alargando el brazo.—¿Podria tocar su nuca con mi mano!

E instintivamente, con el corazon destrozado por el odio, resistia á una especie de deseo furioso, el de precipitarse sobre aquella mujer, y señalarla, por decirlo así, con las uñas.

Los celos y el sufrimiento de Andreina tomaron repentinamente una espresion de siniestro gozo cuando la condesita propuso á Solignac cambiar de *bávara*.

La desgraciada sintió la espantosa tentacion, el vértigo infernal del crimen. Habiendo ido para salvar al que amaba, iba á ver herida de muerte á la que era objeto de su odio.

La casualidad queria que el veneno vertido para su amante, lo tomase su rival; Andreina sintió deseos de bendecir á la suerte.

Veia con un gozo terrible la mano de la condesa coger el cristal en que, medio humeando, se movia el oscuro liquido, mientras Luisa de Fargés lo aproximaba hácia ella.

Y aquella copa de brillante pié, del que

luces hacían resaltar las finas labores y dibujos, sostenida por aquellos preciosos dedos de una finura extremada, largos y de sonrosadas uñas, contenía la agonía de Luisa de Fargés, todo un mundo de dolores, todo un mundo de venganzas.

—¡Ah!—se decía Andreina,—la suerte lo quiere, esta mujer va á desaparecer y *él* será mío, *él* me pertenecerá por completo!

El rostro de la napolitana espresaba tal crueldad satisfecha, que Solignac se levantó bruscamente dirigiendo á Andreina una mirada terrible que la hizo estremecerse.

Vióse descubierta y comprendió que debía contar como pérdida la horrible esperanza de la muerte de Luisa.

En el momento en que la condesita llevaba la copa á los labios, Solignac, con un movimiento rápido y apasionado, se la arrancó de las manos con ira mezclada de espanto, y arrojando la *bávara* al suelo, exclamó:

—¡No toqueis ese brevaie, contiene veneno!

—¡Veneno!—dijo Saint-Clair poniéndose lívido.

—¡Veneno!—repitió la señora de Berruis asustada.

Luisa de Farges estaba pálida y miraba á Solignac con una expresión, no de terror, sino de sorpresa.

Andreina permanecía inmóvil como una estatua. Al volverse instintivamente la condesa, la vió.

—¡Ah! ¡esa mujer!—exclamó.

Solignac, ordenó con un gesto, á Andreina que se fuese.

La italiana irguió su hermosa frente como para desafiar la cólera de aquel hombre y luego desapareció, ahogando un sollozo en el ramo de rosas que casi ocultaba su rostro lívido y azorado en aquel momento.

—¡Veneno! ¿Qué significa esto, coronel?—preguntó Florival intranquilo por haber saboreado su sorbete de almendras.

—Esto quiere decir que tengo enemigos, caballero, y que esa *bávara* de chocolate estaba destinada para mí.

—¿No era entonces para mí?—dijo Luisa.

—No, condesa, el sentenciado era yo... ¡Pero tranquilizaos! Mañana sabré la verdad de todo.

—¿Mañana?—dijo la señora de Berrius, admirada de que Solignac no llamase y acusase á alguien.—¿Y por qué mañana?

—Porque ya conozco á los culpables y tengo tiempo de castigarles. Además, voy ahora mismo á informarme...

—Pero al menos ese miserable camarero que nos ha servido...

—Ese, aun suponiendo que sea culpable, no ha sido más que un instrumento. La mano que ha vertido el veneno no ha sido la suya.

—¿No ha sido tampoco la de la señorita de Olona?—preguntó Luisa en voz baja, temblando de emoción y vacilando en pronunciar el nombre de Andreina.

—No, por cierto,—contestó Solignac, colo-

cando sobre los hombros de Luisa el chal que se había quitado.

Arrojó sobre la mesa una moneda y llevóse á la condesa de Farges lejos de los salones de Frascati.

—Decidme ahora la verdad, ¿era para vos ó para mí?—le preguntó Luisa mientras se dirigian al carruaje, que esperaba en el boulevard delante de la terraza,—¿era á vos ó á mí á quien iba dirigido el golpe?

—Ya os lo he dicho, era solo á mí, condesa.

—Entonces, ¿he estado á punto de dar mi vida por la vuestra?—dijo la joven con voz conmovida.

El coronel sentia el brazo satinado de Luisa temblar bajo el suyo é inclinando la cabeza hacia la condesa, contestó únicamente con una mirada y un apretón de manos.

Luisa habia dado á aquella pregunta una expresion cariñosa que era toda una confesion. En la época de sus caprichosos amores no hubiera sido necesario tanto para que Solignac exclamase:—¡Soy amado! La sinceridad misma de su afecto, hizo que fuese entonces desconfiado y no se atreviese á darse por entendido. Pero comprendia que aquel nuevo peligro le habia aproximado un poco más á aquella mujer, y esto era lo bastante para que lo considerase una dicha.]

Permaneció junto al coche hasta que Luisa y la señora de Berruis se colocaron, luego saludó al mismo tiempo que la señora de Farges le dirigia estas palabras:

—¡Velad por vos, coronel, como habeis velado por mí!

Al alejarse el carruaje vió agitarse una mano dirigiéndole el último saludo, y allí permanecia inmóvil, cuando Florival de Saint-Clair le dijo con tono algo inquieto:

—Adios, coronel. Se hace tarde. Si teneis tantos enemigos os aconsejo...

—¿Qué?

—¡Nada! ¡Pero Minerva, diosa de la sabiduría, jamás salia sin coraza!

—Muchas gracias, caballero.

—¿Y el sorbete de almendras, coronel?—preguntó Florival con aire inquieto.

—¿Qué sorbete?

—¿Cómo qué sorbete? ¡El que he tomado!

—¡Ah!—contestó Solignac—¡podeis estar tranquilos! ¡No hay quien tenga interés en envenenaros!

—Iré, sin embargo, á ver al médico—se dijo Saint-Clair.

Cuando se quedó solo, el coronel entró deliberadamente en Frascati. Esperaba encontrar allí á Agostino, pero el italiano se habia marchado. Solignac preguntó por el dueño del establecimiento, y se informó del nombre del mozo que habia servido las *bávaras*. Le contestaron que era un hombre inteligente y activo, un florentino llamado Vittorio Mariani, quizás el mejor empleado de la casa.

—Bueno—dijo Solignac.—¡Que venga ese hombre!

—Pero...

—He dicho que venga. Soy el coronel de Solignac y tengo que hablarle.

Buscaron por todas partes á Mariani, pero habia desaparecido. Uno de sus compañeros le vió quitarse el delantal de servicio y ponerse su traje ordinario antes de las horas de reglamento.

—Vamos—se dijo el coronel,—Mariani era cómplice.

Dió orden de que inquirieran el paradero de Vittorio, y se marchó, anunciando que volveria al dia siguiente.

Poco le importaba, en verdad, que cogiesen ó no á aquel rufian que habia sido cómplice del miserable Ciampi. Era á éste á quien habia que alcanzar. El comparsa del drama podia huir si le parecia bien. Solignac no se preocupaba sino del *empresario*.

Metióse en un coche de alquiler, aunque sentia la necesidad de refrescar su frente con el aire de la noche. Le parecia que se ahogaba, y la bala debia pesar fuertemente sobre su corazon, porque el dolor sordo se avivaba por momentos.

—Morir no me importa—se decia Solignac;—¡no quisiera, sin embargo, entregar mi alma sin haber castigado á ese cobarde!

Cuando, despues de seguir el boulevard y entrar en el barrio del Temple, el cocheró se paró delante del hotel de la Rigaudié, otro carruaje, que el coronel no habia visto, se detuvo á algunos metros de distancia.

—¿Quién me sigue?—se preguntó Enrique.

Se acordó instintivamente de Andreina, creyendo conocer al lacayo italiano de la señora Olona, y se apresuró á pagar á su cocheró para entrar pronto y evitar todo encuentro.

Le parecia estar viendo todavia la horrible sonrisa de la jóven, cuando observaba los movimientos de Luisa de Farges y la feroz alegría del ódio satisfecho que demostró al convencerse que la condesa iba á beber el veneno.

Pero, por más rapidez que pusiese en evitar el encontrarse con Andreina, la jóven saltó más ligera que él del coche. Apróximose vivamente á él, pero Solignac, en la sombra, no podia ver el repentino estrago de su rostro, pues la habiese tomado por loca, en vista del extravío de sus ojos desencajados y de sus convulsas facciones.

—Una palabra, una sola—dijo la jóven con tono suplicante y apasionado.—Debes creermé muy infame. ¡Pérdoname!

El coche que habia conducido á Solignac se alejó, no quedando delante del hotel más que aquel hombre y aquella mujer.

El carruaje de Andreina esperaba á alguna distancia.

Solignac quiso al principio evitar la conversacion, pero la ira pudo más y le impulsó á responder con acerba ironia:

—¿Perdonaros? Ahora ya sé á quién amenazábais cuando me deciais que el cadáver de vuestro Octavio reclamaba otro. El que queriais era el de esa pobre mujer, cuyo único crimen ha sido salvarme de la muerte.

—Sí—esclamó Andreina—¡Oh! sí, la aborrezco

pero pongo á Dios por testigo de que no entré en el salon de Frascati para verla morir. Yo estaba allí, ¿sabes por qué, Enrique? para advertirte que no llevases á tus labios el brebaje que Agostino habia preparado. ¡Esa es la verdad, te lo juro!

—Y cuando la condesa alargó la mano hácia la copa que yo debia beber, entonces...

—¡Pues bien! entonces—interrumpió Andreina—sí, lo confieso, una idea espantosa cruzó por mi imaginacion. Me pareció que la suerte habia decidido que aquella mujer muriese. ¡Yo iba á salvarte y ella se perdía!... Por mi alma que no soy bastante buena cristiana para impedir que el destino hiera á una rival, no siendo yo quien la mate!

—¿No eras tu y tus ojos brillaban con un fuego que me hizo comprenderlo todo, desgraciada?

—¿Y aun suponiendo que hubiese cometido ese crimen—contestó la joven con terrible resolucion, levantando la cabeza y desafiando toda amenaza;—aunque hubiese echado ese veneno?... ¡Te amo, y á la que tu amas la aborrezco! ¡Si no costase más que levantar la mano el que ella muriese, Dios santo, ya no existiría!

—¡Vamos—dijo Solignac con desprecio,—eres digna de tu hermano! ¡Una Olona vale lo que el otro Olona!

Luego, cogiendo por las muñecas á aquella mujer y aproximándose á su rostro de tal modo que Andreina sintió sobre su mejilla el aliento de aquel hombre y cerró los ojos instintiva-

mente como bajo la impresion de un beso:  
—El ha querido asesinar-me, y tú has querido matarla; ¡yo te desprecio como le desprecio á él! ¡Andreina la envenenadora es tan vil como Agostino el asesino; ¡Vete!

Despues la empujó con furor, brutalmente:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—dijo Andreina—mátame, Enrique .... ¡Si me aborreces, todo se acabó!

—¡Te aborrezco! ¡Te aborrezco! ¡Vete!

—Ten cuidado—dijo ella con un grito de salvaje sufrimiento.—¡Ah! ¡ten cuidado! Cada una de tus palabras merece una puñalada.

—¿Hay alguien oculto en tu carruaje dispuesto á herirme!—Dijo Solignac.—¡Que venga! Sus manos buscaban ya las pistolas que llevaba en los bolsillos.

—No me comprendes—repuso la italiana.— ¡Te he dicho, que Octavio muerto, pedia otra muerte! Si no quieres que mi espectro se presente á tu cabecera, como el de aquel hombre se presenta en la mia, no me digas que me aborreces.

—¿Te matarias?

—¡Maldiciéndote quizás... ó adorándote! Toda la música de la voz femenina daba á aquellas súplicas una elocuencia desgarradora y un poder irresistible.

El coronel miró á Andreina, y por un momento tuvo intencion de decirla:

—¡Márchate, yo te perdono!

Pero en Andreina suplicante, veia á la Andreina altanera, con su terrible sonrisa de vam-

piro dispuesto á arrojarse sobre su víctima, y pasándose la mano por la frente.

—¡Vete,—repitió,—y si tienes valor para castigarte, pídele á Dios tenga piedad de tí!

Habia llamado á la puerta del hotel, y empujándola, desapareció: pero un grito de Andreina, un grito de agonía y de desesperación, hirió sus oídos. La maciza puerta del hotel de la Rigaudie cayó sobre aquella mujer como el pesado y mudo cuchillo sobre el condenado que aun protesta.

Instintivamente Solignac se estremeció, permaneciendo un momento indeciso, pensando si debía socorrer á aquella mujer. Le parecia que estaba allí, desmayada detrás de aquella puerta. Y ¡cuánto la habia amado! ¡Qué diferencia entre aquella hora siniestra, y aquel otro dia brillante y sereno de la plaza del Carrousel! ¿Era así como debía concluir aquel amor?

El coronel se tranquilizó en cuanto oyó el carruaje de la señorita de Olona, que partia al galope.

Guiado por la luz que pasaba por entre los árboles del jardin, se dirigió al pabellon, en donde Castoret le esperaba vestido de ordenanza.

—*Boun-Di*,—dijo el husar al ver á su coronel;—¡buen miedo me has hecho pasar!

Y añadió.

—¡La una y media de la madrugada! Hace ya dos horas que estoy pensando si debía recorrer París para encontrarte, y mis pistolas estaban ya cargadas.

—¿Para qué?

—Eso no se dice, pero á fé mía, que ha sido una noche que me ha dado calentura.

—¿Calentura?

—He pasado las primeras horas de la noche en el hotel de Farges en compañía de Catalina, y hemos hecho *chanven* como los de nuestro país; pero al verme aqui solo, aguardando, me ha parecido que todos los diablos del infierno se habian desencadenado contra el coronel de los húsares de Berchency.

El coronel se encogió de hombros.

—Mira — dijo resueltamente el húsar:—cuando vayas á alguna fiesta, te juro que tambien Castoret irá. No me quiero separar ni un momento de tí. ¡Ah! cuando pienso en otro atentado... ¡me estremezco! ¡Diablo! yo tengo apego á la vida, aunque mi coronel no haga caso de ella.

Solignac miró á Castoret con una sonrisa extraña.

—¿La vida?—dijo—¿crees que no me preocupa la vida? Al contrario, soy avaro de ella; y la prueba, Marcial, es que quiero que corras los cortinajes de modo que la luz del dia no me despierte demasiado pronto. Sí, quiero dormir hasta las doce de la mañana. Me siento cansado y con el corazon dolorido; y ahora más que nunca necesito estar firme, porque no es solamente á mí á quien quieren herir, sino á ella tambien.

—¡Y á mí!—murmuró Castoret, que, obedeciendo á su amo, cerraba herméticamente las cortinas.